

JUAN 20,19-31

TEXTO

¹⁹Así que, al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas las puertas [del lugar] donde estaban **los discípulos** por miedo a los judíos, fue **Jesús** y se puso en medio y les dice: "Paz a vosotros".

²⁰Dicho esto, **les mostró** las manos y el costado.

Así que **los discípulos se alegraron al ver al Señor**.

²¹Así que les dijo **Jesús** de nuevo: "Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, también **yo** os envío".

²²Y dicho esto, **sopló** y les dice: "Recibid el Espíritu Santo. ²³A quienes perdonéis los pecados, les son perdonados; a quienes se los retengáis, les son retenidos".

²⁴Pero **Tomás**, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando fue **Jesús**.

²⁵Así que le decían **los otros discípulos**: "Hemos visto al Señor".

Pero él les dijo: "Si **no veo** en sus manos la marca de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, **no creeré**".

²⁶Y ocho días después, **sus discípulos** estaban de nuevo dentro, y **Tomás** con ellos. Va **Jesús**, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y dijo: "Paz a vosotros".

²⁷Luego dice a **Tomás**: "Pon tu dedo aquí y mira mis manos; y pon tu mano y métela en mi costado; y no seas **infiel**, sino **creyente**".

²⁸Respondió **Tomás**: "**¡Señor mío y Dios mío!**".

²⁹Le dice **Jesús**: "¿Por qué me has visto has creído? Dichosos los que sin ver crean".

³⁰Así que otros muchos signos hizo **Jesús** en presencia de **los discípulos** que no se han escrito en este libro; ³¹pero éstos se han escrito para que creáis que **Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios**, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre».

COMENTARIO

.- **Vv. 19-23**: Estos versículos constituyen un puente entre las escenas de la tumba y la escena final en la casa que se nos cuenta en los vv. 24-29. Los acontecimientos tienen lugar «al atardecer de aquel día» (v. 19). Puesto que María salió de la tumba para anunciar el mensaje de Jesús a los discípulos (v. 18a), el lugar en el que ahora nos encontramos es «donde se hallaban los discípulos» (v. 19a). El día, el lugar y los personajes implicados en los acontecimientos de los vv. 19-23 formaban ya parte de los momentos conclusivos de la escena inmediatamente anterior narrada en los vv. 11-18. La conclusión del informe de la experiencia que María Magdalena tiene de Jesús resucitado es lo suficientemente «misionera» (vv. 17-18) como para sugerir al lector que esta experiencia de fe puede comunicarse más allá de los límites de los personajes y el tiempo de este relato.

Jesús ha estado brevemente presente en la historia para enviar a María Magdalena a los discípulos (v. 17). A pesar de haber escuchado el mensaje de María sobre el Señor resucitado, ellos están encerrados en una habitación «por miedo a los judíos» (v. 19a). «Los discípulos» en cuanto tales constituyen el centro de atención. El relato de esta reunión inicial de discípulos refleja la experiencia de todos los discípulos: la proclamación del mensaje de la resurrección no disipa su miedo. El «nosotros» y el «ellos» del v. 2 continúan siendo fuerzas activas en el relato. Los discípulos («nosotros») no han vencido el miedo que «los judíos» («ellos») han

generado a lo largo de la historia de Jesús. Los discípulos de Jesús, que están reunidos, conocen la resurrección (cf. vv. 17-18), pero permanece en ellos el temor a «los judíos», por el odio, los insultos e incluso la muerte a que podrían someterlos.

.- Jesús se adentra en esta situación proclamando su paz (v. 19b). La expresión «Paz a vosotros» puede ser una forma habitual de saludo, pero en este contexto de la repentina presencia física de Jesús entre sus atemorizados discípulos (cf. 15,18-16,3), lleva a cabo las promesas que había hecho en 14,27 y 16,33. Los discípulos pueden ahora animarse (cf. 16,33); Jesús resucitado está entre ellos. Su presencia, a pesar de que las puertas estaban cerradas, es un indicio de su victoria sobre las limitaciones que las circunstancias humanas suelen imponer, como ha quedado patente anteriormente en el relato por la mortaja vacía en una tumba vacía (cf. vv. 5-7). Pero la duda es aún posible entre los discípulos: ¿es realmente el mismo Jesús crucificado? Los discípulos parecen necesitar una comprobación de que el personaje que ven ante ellos es el mismo Jesús de Nazaret al que habían seguido. Así pues, en estrecha relación con el saludo de la paz (v. 20a), les muestra sus manos y su costado (v. 20b). Jesús resucitado es la persona que había sido levantada en una cruz y cuyo costado fue traspasado con una lanza (19,18.34). Inmediatamente, los discípulos responden con alegría (v. 20c). Su saludo, en los vv. 19 y 21, trae paz en medio de la confusión (cf. 14,27). La contundente prueba de que Jesús de Nazaret, el crucificado, está entre ellos como el Señor resucitado trae alegría en medio de la confusión y el sufrimiento (cf. 16,33). El mensaje de María Magdalena ha sido confirmado por su propia experiencia. El discípulo amado y María pasaron de la incredulidad a una fe condicionada y, finalmente, a una aceptación incondicional del Señor resucitado (cf. vv. 3-9.11-18). Éste no es el caso de los discípulos reunidos. Ellos oyeron el mensaje de María, lo han confirmado en ellos mismos, y responden con paz y alegría.

.- El autor utiliza esta primera escena en la habitación cerrada para proseguir con el relato del itinerario de fe de María, llevándolo a una conclusión que está en paralelo con la de la experiencia del discípulo amado (cf. v. 9). La unión de tiempo, lugar y personajes a lo largo de los vv. 1-18 y 19-23 mediante los vv. 17-19, hacen de la última escena la conclusión de la primera. La aparición de Jesús entre los discípulos exultantes de alegría no se cuenta simplemente para informar al lector de que se han cumplido las promesas de 14,27 y 16,33; no sólo tienen que tener paz y alegría en medio de su temor, gracias a la presencia física del Señor resucitado, sino que también tienen que llevar los frutos de la victoria de Jesús al mundo, más allá de los personajes y el tiempo de la historia de Jesús (vv. 21-23). Ofreciéndoles de nuevo la paz, Jesús indica a los discípulos que la oración que hizo por ellos la noche antes de morir no era algo pasajero. Jesús oró a su Padre diciendo: «Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo» (17,18). Él se ha ido a través de la total donación de sí mismo que da a conocer a Dios (cf. 17,19), y ahora los envía a ellos. Tienen que ser para el mundo lo que Jesús ha sido (cf. 13,20: 17,18). Pero el lector también recuerda que Jesús sabía que eran frágiles y que necesitaban que su Padre santo ejerciera de Padre con ellos (cf. 17,11b-16) y los santificara, pues han de ser santos como lo era Jesús (cf. 17,17-19). Esta santidad sólo es posible mediante la presencia del Paráclito, el Espíritu Santo (cf. 14,16-17.26; 15,26-27; 16,7-11.12-15).

.- Retornan los dichos sobre el Paráclito y la oración de Jesús por sus discípulos, pero también están presentes las palabras del narrador en 7,39: «Pues todavía no se había dado el Espíritu Santo porque Jesús no estaba aún glorificado». En su muerte Jesús vertió el Espíritu sobre la diminuta comunidad que estaba al pie de la cruz (cf. 19,30). En la cruz se cumple la promesa que hizo el narrador con ocasión de la fiesta de los Tabernáculos: Jesús ha sido glorificado y se da el Espíritu (cf. 7,39; 19,30). ¿Cuál es el objeto de esta segunda solemne donación del Espíritu? Los dichos sobre el Paráclito, y especialmente 15,26-27, indican que el Espíritu no

sólo iba a morar con la nueva familia de Jesús fundada bajo la cruz. En cuanto Señor resucitado, dota a sus discípulos con el Espíritu para que puedan ser para el mundo lo que él ha sido. El lector es consciente de que el Espíritu está con la comunidad y en la comunidad, y permanecerá con ella para siempre (cf. 14,16-17), pero la comunidad debe ir más allá de sus propias fronteras para continuar la misión de Jesús con el objetivo de que el mundo conozca y crea que él es el Enviado del Padre (cf. 17,21.23). El Espíritu dará testimonio de Jesús en su ausencia para que los discípulos, que han estado con él desde el comienzo, pudieran ser también testigos (cf. 15,26-27). No hay dos «donaciones del Espíritu». Como sólo existe una hora de Jesús, también hay solamente un Espíritu, que se da a los miembros de la comunidad (cf. 19,30) para que puedan ser testigos de Jesús (20,22). En la hora de la cruz y la resurrección, Jesús vierte el Espíritu sobre la comunidad de sus seguidores (19,30) y lo insufla en sus miembros para que puedan estar en el mundo como él estuvo (20,22).

.- Los discípulos, que han estado con él desde el principio (cf. 15,27), continuarán la presencia de Jesús en la generación posterior. El mensaje del evangelio está menos preocupado con aquellos que tuvieron la experiencia física del Señor resucitado que con los que no la tienen. Los discípulos no creyeron ni se comprometieron incondicionalmente con aquel a quien el Padre envió. Sin embargo, por mucho que le fallaran a Jesús, a ellos nunca les falló el amor de Dios manifestado en Jesús. La presentación que hizo este autor del amor infalible de Jesús a Pedro y a Judas aumenta la intensidad dramática de este mensaje. La inmensidad del amor de Dios ha brillado más fuertemente con la autodonación amorosa de Jesús en medio del fallo de éstos. No obstante, hay un lado positivo en los discípulos que estuvieron con él desde el comienzo. Jesús los describe como aquellos que han recibido la manifestación del nombre de Dios, han guardado la palabra de Dios y han reconocido que Jesús había venido de Dios. Ellos saben que él es el enviado de Dios (cf. 17,6-8). Es por este grupo, cuya historia ha estado marcada por una mezcla de éxito y fracaso, por quien Jesús ora a su Padre, pidiéndole que los guardara en su nombre (cf. 17,12) y los santificara así como Jesús era santo (cf. 17,19). Su experiencia en la habitación cerrada resume la respuesta que habían dado a lo largo del evangelio. Están al mismo tiempo llenos de temor y, no obstante, alegres en la presencia de Jesús resucitado.

.- Las palabras que Jesús dirige a los temerosos, aunque alegres, discípulos sobre su futura misión deben entenderse sobre este trasfondo. Mediante su ministerio, los pecados han de ser perdonados y retenidos. Otra utilización de la voz pasiva (cf. vv. 1.6-7) deja claro que los discípulos son enviados a hacer la obra de Dios, no la de ellos. Ellos tienen que llevar la paz y la alegría recibidas, al atardecer de aquel primer día de la semana, de Jesús resucitado (cf. v. 19) a las generaciones posteriores formadas por temerosos discípulos de Jesús (cf. 15,18-16,3). La revelación continuada del Paráclito -aunque discriminadora- pondrá al descubierto el pecado, la rectitud y el juicio (cf. 16,7-11). Por consiguiente, los discípulos, autorizados por el Espíritu, en medio de sus temores y alegrías, serán los agentes de la futura santificación de generaciones de creyentes. Traerán el perdón de Dios a todo pecado que tenga que ser perdonado y pondrán al descubierto toda pecaminosidad (v. 23). Este último aspecto puede resultar duro, pero surge lógicamente de la historia de Jesús. La santificación puede conducir a la dicha ante Dios, pero también tiene la arista cortante de poner de manifiesto todo lo que se opone al amor con que Dios ha colmado al mundo enviando a su hijo único (cf. 3,16-17).

.- **Vv. 24-29:** El relato prosigue: «Tomás, uno de los doce, apodado el mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús» (v. 24). No hay indicación de cambios temporales o espaciales. Aún nos encontramos «en el primer día de la semana» (cf. vv. 1.19) y el lugar es la habitación superior, donde una atmósfera de paz y alegría predomina entre los discípulos llenos del Espíritu a quienes se les ha encargado llevar la santidad de Dios al mundo. Tomás no forma

parte de esto, pues no se encontraba allí (v. 24) y, por consiguiente, no ha tenido parte en el mensaje de María Magdalena (vv. 17-18) ni tampoco en la aparición y el encargo de Jesús (vv. 19-23). Es el primer momento en el itinerario de fe de Tomás. Rodeados de paz y alegría, signos de la fe pascual (cf. vv. 19.20, 21), Tomás, como Pedro, el discípulo amado y María Magdalena en los vv. 1-2, se encuentra en la tiniebla de la incredulidad (v. 24). Sus compañeros intentan comunicarle su fe pascual, repitiendo la confesión de María Magdalena: «Hemos visto al Señor» (v. 25a; cf. v. 18). La respuesta de Tomás a otros discípulos marca un segundo estadio en su itinerario de fe. Sólo está dispuesto a dejar de lado su incredulidad si el Jesús resucitado se ajusta a sus criterios. «Si no» cumple Jesús sus condiciones, permanecerá en su situación actual de incredulidad. Tomás exige que Jesús sea «tocable». Así como María deseaba aferrarse al cuerpo de Jesús, Tomás exige experimentar el cuerpo resucitado de la persona que fue crucificada, viendo las señales de los clavos y metiendo su dedo en las heridas, y su mano en su costado. De los tres itinerarios de fe que se nos han contado en este relato, la respuesta condicional (v. 25) de Tomás es la más dramática. Insiste en que el cuerpo resucitado de Jesús cumpla sus exigencias (v. 25; cf. v. 17). Ha progresado desde la situación de ausencia (cf. v. 24), pero la imposición de sus propios criterios para creer en la resurrección de Jesús indica su compromiso condicional.

.- «Ocho días después» Jesús se sitúa de nuevo entre sus discípulos. Retornan bastantes aspectos que rodearon las primeras apariciones de Jesús. Las puertas están cerradas, y él los saluda con su paz (v. 26; cf. v. 19). La indicación temporal, ocho días después, expresa también una relación con la aparición anterior. Sitúa deliberadamente todos estos acontecimientos en el día del Señor. El único elemento novedoso en el v. 26 con respecto al v. 21 es el hecho de que «Tomás estaba con ellos». De forma sorprendente Jesús se ofrece a cumplir las condiciones de Tomás (v. 27ab), pero también ordena a Tomás que fuera más allá de su fe condicionada: Jesús resucitado es el Jesús crucificado. Si Tomás quiere tener un prueba física la va a tener, pero hay mucho más en juego: «no seas incrédulo, sino creyente» (v. 27c). No hay en el texto ningún indicio de que Tomás realizara un ritual del tacto. Tomás acepta el desafío de la fe al responder: «Señor mío y Dios mío». Para algunos esta respuesta es la suprema afirmación cristológica del cuarto evangelio (Brown). Otros sostienen que las observaciones de Jesús en el v. 29, «Has creído porque me has visto. Dichosos los que sin ver crean», muestran que hay una fe sin visión que supera la que originó la confesión de Tomás (Bultmann). En paralelo con los itinerarios de fe del discípulo amado y María Magdalena (cf. vv. 8.18), esta afirmación final de fe en Jesús concluye el camino de fe de Tomás. Dirigiéndose al último de los personajes fundacionales del relato que ha sucumbido a la fe, Jesús afirma: «Has creído porque me has visto. Dichosos los sin ver crean» (v. 29). Conforme acaba el evangelio, Jesús señala a dos épocas diferentes. Algunos, no sin dificultad, han hecho su camino de fe en la presencia física de Jesús resucitado: María Magdalena y Tomás; pero la experiencia de estos discípulos es ya historia pasada para los lectores del evangelio a quienes el narrador ha llamado para que creyeran que Jesús es la revelación salvífica de Dios. ¿Cómo podrán ellos, una nueva generación, creer estando ausente Jesús? Con la Escritura y el Evangelio en la mano (v. 9), y bendecidos con la santidad que solo puede dar Dios (v. 23), tienen que ver su situación igual de privilegiada que la de los discípulos fundacionales. En efecto son bendecidos en su fe sin necesidad de ver (v. 29).

.- **Vv. 30-31: Primera conclusión del Evangelio.** El relato joánico ha vuelto al punto de partida. Se inició con la enseñanza que el narrador da al lector sobre quién era Jesús y qué hizo (1,1-18). El relato de la vida de Jesús ha desarrollado posteriormente esa enseñanza, pero ha estado interesado, sobre todo, en contar al lector cómo Jesús era quien era y cómo logró su misión. Al morir Jesús en la cruz, el narrador interrumpe de nuevo el relato para hablar directamente al lector. Aunque el prólogo estuvo dedicado a una enseñanza sofisticada, la

deslavazada y apasionada intervención del narrador en el relato de la pasión deja claras sus intenciones. El objetivo principal del autor es la fe del lector (cf. 19,35). Este tema retorna al reanudar el narrador su alocución directa a los lectores para llevar el libro a su conclusión. A los cristianos, que no han visto, pero han creído, se les dice que este relato de la vida, la muerte y la resurrección de Jesús ha sido escrito para ellos (20,30-31). El Jesús proclamado en el prólogo ha vivido, ha sido ajusticiado y ha resucitado a lo largo del relato. Pero este relato permanece para que los lectores del evangelio puedan avanzar en su fe. No es una mera recolección de cosas del pasado, sino *una proclamación dirigida al presente*. Los discípulos fundacionales fueron llamados a ir más allá de su incredulidad, pasando por una fe parcial hasta obtener una fe auténtica (20,1-29). El evangelio ha sido escrito para que los lectores cristianos que creen sin ver, pudieran, de igual modo, avanzar en su fe en Jesús (vv. 30-31).

.- La promesa de un posible itinerario de fe en 1,19-4,54 llega a realizarse en 20,1-29. Al comenzar el ministerio público de Jesús hubo una serie de episodios que mostraron la posibilidad de una fe auténtica según la perspectiva joánica (2,1-4,54). El final del relato cuenta la experiencia pascual fundacional del discípulo amado, María Magdalena y Tomás. Ante la evidencia de la victoria de Dios (cf. 20,5-7) o la persona del Señor resucitado (cf. vv. 14-17.26-27), cada discípulo realizó el camino desde la incredulidad hasta llegar a la auténtica fe (20,2-8.11-18.24-28). Los lectores de un relato, que comenzó y terminó de este modo, son el resultado de la actividad misionera de los miembros fundacionales de la comunidad cristiana (cf. 17,20-23). Los discípulos han recogido una cosecha que no habían sembrado (cf. 4,36-38), la unificación asociada con la glorificación de Jesús (10,16; 11,52; 12,11.19.32; 19,25-27). Los lectores constituyen esta «reunión» o «unificación», el fruto de la glorificación y la partida de Jesús. A pesar de la ausencia de Jesús, son bendecidos en su fe (cf. 20,9.23.29). Sin lugar a dudas, al igual que los miembros fundacionales de la comunidad cristiana, ellos tendrán que combatir experiencias de incredulidad y una fe parcial hasta lograr la fe auténtica, pero no deberían desanimarse. Incluso el discípulo amado, tan apreciado por el narrador joánico, tuvo que combatir hasta lograr la fe auténtica. Si esto es lo que ocurría desde los comienzos de la comunidad cristiana, los creyentes cristianos posteriores no tienen por qué angustiarse al afrontar sus propias luchas y dudas (cf. 6,60-71; 15,18-16,3). Como consecuencia del don del Espíritu-Paráclito, el Jesús ausente está presente entre los miembros de la comunidad que se aman recíprocamente (cf. 13,34-35; 15,12.17; 17,21-23), llevan a cabo la misión (cf. 13,34-35; 15,12; 17,17-19), realizan el ministerio de santificación (17,17-19; 20,2), y, especialmente, veneran a Jesús: en el culto (cf. 4,23; 14,18-21), en la oración en el nombre de Jesús (cf. 14,12-14; 15,16; 16,23-24.25-26), y en la celebración del bautismo y la eucaristía (cf. 3,5; 6,51-58; 13,1-38; 19,34-37). Pero ellos no ven a Jesús.

.- El autor desea que todos los que lean este libro o escuchen su proclamación, sean una comunidad de discípulos amados. Este libro se escribió para que un relato que cuenta cómo vivió su historia Jesús pudiera confirmar lo que se proclamó en el prólogo. El autor cree apasionadamente que la historia de la vida de Jesús prueba las afirmaciones que sobre él hizo en el prólogo. Por consiguiente, ha escrito este relato, admitiendo explícitamente que se trata de una selección de los muchos otros que podrían haberse escrito (v. 30), para que los cristianos posteriores pudieran compartir su apasionada fe. Jesús es el Cristo, pero el Cristo que es el Hijo de Dios. Una fe que sobrepasa todo condicionamiento humano, histórico y cultural, acepta que Jesús es el Cristo largo tiempo esperado, pero únicamente en tanto en cuanto él es el que ha venido de Dios y a Dios retorna, el Enviado del Padre, el que ha dado a conocer a Dios. La vida eterna es posible para quienes han llegado a conocer a Dios mediante Jesucristo, aquel al que Dios ha enviado (cf. 17,3). El hecho de que Jesús sea el Cristo está totalmente condicionado por la verdad más importante: él es el Hijo de Dios. El autor ha

compartido su fe en Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios, por medio del relato del que ahora se levanta el lector. El camino de Jesús y el del lector se han completado, pero el narrador tendrá éxito sólo si el que se levanta del relato ha llegado a formar parte de él y ha sido conducido más profundamente a creer en Jesús y en todo cuanto él dio a conocer sobre Dios, y llega a vivir como resultado de la experiencia lectora (v. 31).